PAIDÓS CUESTIONES DE EDUCACIÓN 37

Ciudad y ciudadanos

Aportes para la enseñanza del mundo urbano

Silvia **Alderoqui**
Pompi **Penchansky**
(compiladoras)

Jorge Blanco • Isabel Carrillo • Ricardo Cicerchia
Roberto Converti • Néstor García Canclini • Raquel Gurevich
Carlos Moreno • Daniel Schávelzon • Graciela Schneider Madanes

7

EL FUTURO DEL PASADO
Indagaciones en arqueología urbana

Daniel Schávelzon

1. ¿QUÉ HAY DEBAJO DEL PISO? LA IMPORTANCIA DE LA CULTURA MATERIAL

Si le preguntáramos a un habitante de alguna ciudad argentina qué hay debajo del piso o de la calle, quizás alguno recordaría que hay caños, cloacas y cables de luz. Otros nos dirían que esa pregunta es, simplemente, tonta. Pero lo interesante es que esa misma pregunta hecha en Europa, o incluso en muchos otros países de América latina, tendría una respuesta totalmente diferente: nos dirían que debajo del piso "está el pasado".

¿Podría ser verdad que debajo del piso está el pasado? Sí, sin ninguna duda; todos los días caminamos, trabajamos y comemos sobre lo que ya ha pasado. Obviamente, pensar así implica aceptar que el tiempo no es algo que se va, que simplemente pasa, sino que es algo que queda, que está materializado debajo nuestro. O al menos los restos materiales de la vida de las sociedades no desaparecen. Cuando hacemos algo tan simple y cotidiano como tirar la basura actuamos de la misma manera que pensamos: presuponemos que ésta *desaparece*, que ya no está más y para siempre. Esto, demás está decirlo, es una falacia: alguien se la lleva en un camión y simplemente la deja en otro lado, la entierra en el mejor de los casos, y allí queda como legado hacia el futuro.

Nuestra vida doméstica, lo que comemos, lo que descartamos por viejo, feo o roto, lo que no queremos que otros vean, las cartas de un amor despechado, las jeringas de las drogas o los huesos del asado roídos por el perro, quedan en algún sitio junto con otros similares descartados el mismo día por otros vecinos de la cuadra o el barrio. La basura, lo olvidado, lo perdido, lo escondido, los cimientos de una casa derrumbada o las bolitas que los chicos perdían en la calle cuando aún jugaban con ellas, van formando, capa tras capa, un relleno inmenso sobre el cual vivimos como si fuera una enorme cebolla, o el asfalto de una calle que se recubre a sí mismo una y otra vez.

Un turista que viaje a Europa visitaría como cosa absolutamente normal el Foro de Roma y no le llamaría la atención que esté varios metros bajo el nivel de la calle actual. Y si recorre París también visitaría las ruinas medievales frente al Louvre a las que se desciende por una escalinata bajo la monumental pirámide de vidrio que ahora se encuentra en el centro mismo de la gran plaza. Lo mismo sucedería en México al ver el antiguo Templo Mayor de los aztecas debajo de la plaza céntrica conocida como El Zócalo. Y lo mismo sucedería en muchas ciudades de América latina donde el pasado forma parte del presente, está visible e incluso forma parte de la identidad y la memoria colectiva.

Imaginemos ahora que alguien quiere saber cómo se vive hoy en día en un barrio urbano cualquiera. Una forma compleja sería ir a vivir allí durante un tiempo con diferentes personas, otra manera sería hacer una encuesta con preguntas orientadas a lo que nos interesa; esto último parecería un método científico correcto que nos permitirá evitar el tiempo de convivencia, salvo que como ya todos sabemos, una cosa es lo que se dice y otra es lo que se hace. Posiblemente nadie aceptaría decir que se droga, que come "comida chatarra", que se peleó con el novio y tiró las cartas o que se atraganta de chocolates y colesterol. En cambio, si todos los días revisáramos su basura sabríamos eso y mucho más: hábitos alimenticios, consumo de objetos suntuarios o descartables, marcas de ropa que usa y, con suerte, hasta sus hábitos sexuales. Y si esa información la sumamos a la de otros vecinos de un mismo nivel social, sexo, ocupación o grupo étnico, comenzaríamos a tener información significativa, no completa ni absoluta, pero que interpretada correctamente nos permite penetrar en el estudio de la sociedad y sus formas de cultura. Y podemos hacerlo hoy, o en el pasado. Eso es, precisamente, la arqueología urbana: el estudio de la ciudad a través de

los restos materiales descartados en el tiempo. La cultura material es la "vida social de las cosas", tal como se ha puesto de moda decir en los últimos años, son los objetos en sus relaciones con la sociedad: producción, consumo, circulación y descarte.

Una tarea importante de la arqueología ha sido identificar los objetos de la cultura material para cada momento histórico. Esto significa poder darle una explicación funcional a cada objeto y fecharlo con la mayor exactitud posible. Los objetos hechos de cerámica, vidrio, metal, piedra, cuero o tela, entre otros, han variado enormemente en el tiempo; hay cosas que fueron rarezas y ahora son habituales; todos los objetos fueron inventados o desarrollados en algún momento y lugar, o se dejaron de usar en otros; o muestran en su estructura los procesos tecnológicos de manufactura. Este paso es crucial ya que, cuando excavamos, necesitamos saber de cuándo estamos hablando. Esto se une a las formas de producir, al impacto de la Revolución Industrial, el consumo masivo, las modas y la costumbre de descartar objetos que aún son utilizables sólo por haber quedado fuera de la moda imperante. O el reciclado que hacen los diferentes grupos sociales entre ellos, al usar los más pobres lo descartado por los más ricos; todo esto nos indica cosas, nos da pautas de comportamiento social a partir de los objetos mismos y su contexto de descarte. Porque lo que importa para la arqueología no es la riqueza o el lujo o la calidad estética de los objetos, ya que éstos no son más que una parte de las respuestas a preguntas que nos hacemos sobre el pasado. Por más simples y modestos, por más feos y socialmente despreciables que sean, nos indican acerca de quienes los usaron.

2. *EL SIGNIFICADO DE LOS OBJETOS COTIDIANOS*

Una botella de vino puede ser un interesante ejemplo para reflexionar, aunque pueda parecer pueril ya que nada es más común, habitual y barato, y ahora ni siquiera son *retornables*, concepto que ha desaparecido en los últimos años al aparecer lo descartable. Podríamos comenzar preguntándonos: ¿siempre fue así?, y es indudable que no. Pero, ¿cuán diferente pudo ser y qué importancia tiene el que haya sido distinto? La arqueología nos ha ido mostrando que poseer una botella en el siglo XVI en América del Sur era más que un lujo, era algo que muchos ni siquiera podían tener aunque tuvieran el dinero para comprarla, ya que había que traerla desde Euro-

pa y con extremo cuidado. Además, las botellas hasta el siglo XVIII fueron de base cuadrada y no redonda, el color verde claro habitual no existía –eran verdes casi negras–, menos aún existía el corcho para taparlas y había cajas especiales llamadas *frasqueras* hechas de madera forradas de tela para protegerlas. Recién en la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a producirse botellas de base circular aunque con forma de cebolla, globulares y de pico muy corto; las máquinas aumentaron la producción en los inicios del siglo XIX y sólo después de la década de 1820 se hicieron más comunes, y aunque el vino comenzó a envasarse en botellas cada vez más cilíndricas, en cambio la ginebra siguió hasta inicios del siglo XX envasándose en botellas cuadradas. La cerveza se embotelló en vidrio –siempre marrón– recién para 1900, antes venía en botellas hechas de gres cerámico. Por lo tanto, encontrar fragmentos de vidrio del siglo XX significa una cosa, pero muy diferente es si son de hace dos o tres siglos. Éste es el trabajo de la arqueología: comprender los objetos en función de su tiempo, lugar y contexto.

Podríamos decir lo mismo de gran parte de la cultura material habitual: un caso son los vasos, casi inexistentes antes del siglo XVIII, cuando por su rareza circulaban en la mesa entre comensales igual que lo hace el mate. Habitualmente había un solo vaso que daba vueltas y vueltas en su derredor incluso en las pulperías, entre desconocidos. Pero más cambiaron los platos: cuando se fundaron las ciudades americanas ni siquiera existían tal como hoy los conocemos, ya que no se conocían los cubiertos, salvo el tradicional cuchillo. Se comía con las manos, por lo tanto lo común eran platos de base redondeada llamados escudillas, o de base plana y bordes altos llamados lebrillos, usados para los pucheros y comidas líquidas donde se usaba la cuchara. Sólo en el siglo XVIII, con los grandes cambios en las maneras de mesa, surgen los platos de fondo plano para ser usados con cuchillos y tenedores, que se pusieron de moda entre las clases medias y populares en la segunda mitad del siglo XIX. Éstos son ejemplos que muestran los mil caminos que se pueden recorrer al estudiar nuestra vida cotidiana.

3. LA ARQUEOLOGÍA URBANA. SUS MÉTODOS Y TÉCNICAS

La arqueología es, en la Argentina y en toda América latina, una tradición científica que se remonta a casi un siglo y medio de historia. Al igual que otros campos del conocimiento científico, surgió lentamente y se fue

definiendo a sí misma hasta lograr un *status* universitario. Pero esta arqueología se conformó como una ciencia encargada de estudiar el pasado prehistórico, es decir, anterior a la existencia de documentos escritos, como único camino posible para hacer *historia de antes de la historia*. El resto del tiempo quedaba librado a los historiadores tradicionales y nada tenían que hacer los arqueólogos por esos territorios que, al menos en la Argentina, comenzaban con la llegada de los españoles en el siglo XVI. Pero la realidad mostró que esto era una falacia, y que además de una simplificación era una decisión arbitraria sin sentido.

La arqueología urbana nació como un área de investigación de carácter interdisciplinario; entrar al pasado significa sumarle a la arqueología la historia, poner los restos materiales junto con los documentos escritos y gráficos, tres formas de registro diferentes, y usarlos juntos para interpretar el pasado. Esto no es fácil, ya que el manejo de fuentes documentales diferentes –no es lo mismo un testamento que una olla– implica métodos y técnicas distintas, pero no por eso es imposible. La arqueología de la ciudad también usa en forma habitual otras fuentes de información como la cartografía y la iconografía, sean planos, fotografía o pinturas y dibujos que nos relatan no sólo acerca de su objeto representado sino también acerca de cómo fue visto por quien hizo el plano o tomó la foto. Recordemos siempre que la historia ha sido escrita por un único sector social, las minorías que detentaban el poder –político, social, económico o religioso–, y por lo tanto las grandes mayorías no están representadas por ellas mismas sino mediatizadas a través de los ojos de terceros. Obviamente tampoco están las otras minorías, las de los *diferentes* de cualquier tipo.

Todavía hoy la arqueología urbana no es tema de estudio sistemático en ninguna universidad del país. Quizá por su juventud o por los conflictos epistemológicos que implica el manejo de fuentes de información diferentes de aquellas a las que los arqueólgos están acostumbrados, se ha producido una demora en su aceptación e incorporación. Lentamente se está introduciendo en el quehacer profesional y en el reconocimiento de la opinión pública. Los grupos de investigación existentes en el país han servido como único mecanismo de formación e integración de nuevos profesionales, entrenándolos directamente en las excavaciones, manteniendo siempre un sistema de interdisciplina.

¿Por qué nos interesa la ciudad? Por muchas razones: empezando porque es una forma de hábitat en el cual se construyó la civilización; es uno

de los mecanismos que la humanidad eligió entre los muchos posibles para reunir una masa de energía, pensamiento y relaciones sociales suficiente como para edificar las diferentes culturas que en la tierra han habido. Las ciudades son una de las más grandes creaciones de cultura humana en su historia, pese a todos los problemas que conllevan. Nuestro mundo sería inimaginable sin ellas. Las ciudades actuales, aquí y ahora, son el resultado de un proceso histórico, de cambios constantes, cada día se demuele una casa y se construye otra de tal forma que las ciudades nunca son o han sido las mismas, a cada minuto cambian, son diferentes. Por estas razones, observando una ciudad en la actualidad es casi imposible imaginar cómo se vivía, qué se pensaba o cómo se establecían las relaciones sociales en tiempos remotos, mucho menos conocer acerca de las condiciones de la vida material, en especial de los grupos sociales bajos.

La historia de quienes vivieron en las ciudades argentinas y americanas se ha centrado en los grandes personajes, los héroes o las familias patricias. La mayor parte del legado material en los museos corresponde precisamente a los grupos sociales más altos, al igual que la mayor parte de los esfuerzos de investigación y publicaciones lo han sido en pro de una historia que podemos llamar oficial: de batallas, militares, familias poderosas viajando a Europa, de estancias y estancieros. La arqueología histórica se hace preguntas sobre otros temas, al igual que la historia social, acerca de los grupos humanos mayoritarios, las etnias, las mujeres, los niños, los ancianos, y más que nada los marginados del poder y la riqueza. Hablamos de los esclavos africanos que llegaron a ser casi el 30 % de los habitantes de Buenos Aires, los indígenas libres o reducidos, los grupos que mezclando sangres y culturas fueron quedando fuera de la sociedad "bien" de sus tiempos. La arqueología urbana nos permite penetrar aunque sea un poco en la vida, los sufrimientos y las alegrías de esas gentes, tratando de entender cómo vivían, trabajaban o entendían el mundo que los rodeaba.[1]

1. Los libros y textos sobre el período colonial americano asumen que la casa de la Ciudad de Buenos Aires era del tipo llamado "de tres patios"; un estudio en el Archivo General de la Nación que incluyó todos los planos allí existentes mostró que ese tipo de vivienda representaba exclusivamente el 8 %; el 92 % restante era diferente. Es cierto que esas casas de tres patios eran las más ricas e importantes, pero eran realmente una estricta minoría.

Una vertiente en la arqueología urbana ha sido la que ha resignificado la importancia de los objetos pequeños, minúsculos. A diferencia de la historia del arte, preocupada por los cuadros, las esculturas y los monumentos, se ha logrado entender que los botones (¡inventados en el siglo XVIII!), los broches para el pelo (¿recuerdan las horquillas?), las monedas (con fechas y cambios cada año) o un escarbadientes modesto y proletario, son elementos que hablan de formas de vida, niveles sociales y costumbres diarias de la gente normal, las grandes mayorías, los que nunca fueron héroes o que no figuran en los libros de historia nacional.

Excavar en una ciudad construida no es un tema sencillo. No sólo por la velocidad del cambio urbano sino por los problemas que surgen al enfrentar las nuevas tecnologías de edificación: las técnicas de construcción son cada vez más rápidas y agresivas, tal como las demoliciones con topadoras, las excavaciones de grandes terrenos en pocos días o los estacionamientos subterráneos que ocupan manzanas bajo el suelo. Es en extremo difícil hacer trabajos y estudios cuidadosos cuando el tiempo vale fortunas, cuando las empresas de construcción cuidan cada minuto, cuando los recursos son pocos, y cuando los sistemas de alteración del suelo son tan veloces que no dan tiempo a organizar la investigación.

La arqueología como ciencia ha construido métodos que permiten responder a preguntas acerca del pasado o el presente y la excavación es, obviamente, la forma habitual de penetrar en el pasado. Pero en las ciudades no se excava donde se quiere sino donde se puede; sería interesante excavar debajo de muchos sitios ahora construidos, pero resulta imposible: o porque ya está destruido –como la mayor parte del subsuelo de la Ciudad de Buenos Aires– o porque su propietario no lo autoriza.

Para encarar esto, los arqueólogos urbanos trabajamos de varias formas: la primera se llama habitualmente "arqueología de rescate", es decir, que todo conjunto de objetos del pasado, que conforma un contexto, es importante; su hallazgo casual, sea en una demolición o en una excavación de cimiento, nos lleva a excavarlo y rescartarlo para su estudio. Este trabajo de bomberos, de emergencia, puede ser programado y nos abre puertas que no dejan de ser fascinantes.

Otra manera es establecer proyectos basados en temas o interrogantes: ¿cuándo llegaron los cubiertos y los platos?, ¿por qué se pasó de cocinar el asado en forma vertical a hacerlo en la parrilla horizontal?, ¿cuál era el papel de la mujer o de los ancianos en la ciudad?, ¿hubo cambios domésticos

con los sucesos de 1810? Y así hasta el infinito. Una vez hechas las preguntas tenemos que establecer una estrategia que nos permita comenzar el trabajo: pero como ya dijimos, es imposible excavar en todas las casas, sólo podemos hacerlo en algunas. De allí que sea necesario articular todo esto con un estudio muy serio sobre la historia de la ciudad, determinar los sitios que tienen mayor potencial para responder nuestras preguntas y determinar su factibilidad. Mucha gente, al ver las excavaciones, nos pregunta: ¿y cómo saben que aquí hay algo?, ¿cómo pueden determinar que lo que buscan está en este lugar y no en otro? Ése es precisamente el gran secreto: el estudio preliminar y el conocimiento de la ciudad que se tiene entre las manos. Para establecer una excavación hay meses y a veces años de estudios preliminares; búsqueda de las escrituras antiguas, los planos de los archivos, fotografías del frente y aéreas, referencias en los textos y así se penetra lentamente en el pasado de un lugar.

Otro de los inconvenientes que cuenta la arqueología urbana es la casi imposibilidad de usar técnicas físico-químicas de fechamiento, como el carbono 14, tan útil para fechados más antiguos. Se trata de un método que mide el proceso de "envejecimiento" de un isótopo del carbono de la materia orgánica, cuyo deterioro es constante en el tiempo. Si se logra saber cuánto se desgastó podemos saber hace cuántos años murió o se destruyó a su poseedor. Por desgracia, el error promedio que tiene el método es lo suficientemente amplio como para no ser efectivo en fechas de menos de 500 años.

4. ARQUEOLOGÍA URBANA EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES Y EN LA ARGENTINA

4.1. De cuando Buenos Aires no era plana

Para los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires, la ciudad es básicamente plana, y siempre lo fue. Es interesante, por el contrario, observar los grabados antiguos que muestran vistas de la ciudad marcada por sus fuertes desniveles; las crónicas están llenas de referencias a las subidas, bajadas, zonas que se inundaban y arroyos que corrían caudalosos cuando llovía. Aún se denomina como "el bajo" a la zona de la avenida Libertador y de allí hacia el río, mientras que la zona de la avenida Cabildo es "el alto". Y la ciudad aún se inunda cuando llueve, buena prueba de que plana no es. Y

si no, basta con caminar por los barrios de Núñez y Saavedra para ver las casas hasta cinco y seis metros sobre la vereda, o Parque Lezama con sus diez metros de altura (eran quince originalmente), o el puerto detrás de la Casa Rosada, o la Boca cuando se inunda. Son los relictos de una ciudad que comenzó a aplanarse a finales del siglo XIX y lo sigue haciendo aún hoy, una gigantesca operatoria artificial para hacer plana una ciudad que no lo era. La arqueología lucha contra eso todos los días y las excavaciones muestran que hay restos de casas cuyos pisos han quedado varios metros por debajo de las casas actuales, mientras que otras fueron cortadas hasta en sus cimientos para bajar el nivel.

Los mecanismos tradicionales para observar lo que la arqueología denomina estratigrafía, es decir, secuencia de estratos o pisos o eventos ocurridos en un sitio, es sencilla: al excavar con cuidado y método se van viendo, uno encima del otro –aunque más o menos alterados– restos materiales que indican eventos o sucesos, humanos o naturales, como en las capas geológicas. En las casas, por ejemplo, era habitual colocar un piso nuevo encima de otro viejo, y todo esto está sobre la tierra anterior a la casa misma. Si abriéramos un pozo en nuestra misma casa encontraríamos esa secuencia que, si asociamos a los objetos que pudieran haber caído, nos permitiría saber cuándo y en qué orden se fue haciendo o modificando la casa.

4.2. Arqueología y mitología urbana

A veces las preguntas que la arqueología trata de responder sobre la ciudad son atinentes a la arquitectura misma: desde cómo se conformaron los parques y las plazas hasta la historia de la primera casa que se hizo en algún lugar de la periferia donde las escrituras y los papeles no siempre existen o si los hay no son fiables.

Un ejemplo que ha llamado la atención es una pequeña casa ubicada en el pasaje San Lorenzo casi Defensa, conocida como la Casa Mínima y absurdamente atribuida a un esclavo liberto. Una profunda investigación de los documentos y la excavación de su interior permitió saber que nunca fue ni lo uno ni lo otro, sino que era la entrada de servicio de la casa de la familia Peña, construida en los inicios del siglo XIX; más tarde la casa, que ocupaba toda la esquina, fue subdividida y alquilada en lotes, pero un problema de escrituras –los papeles no estaban realmente en orden– impidió por un tiem-

po que una lonja del terreno coincidente con esta entrada pudiera ser vendida. En 1916 se hizo una remodelación de las fachadas de los lotes, menos de este fragmento cuya propiedad estuvo en litigio por mucho tiempo y quedó como una parte separada y más antigua que lo que se construyó en el resto del terreno; cuando se vendieron los lotes por separado se vendió éste, y su dueño –ya en la década de 1960– procedió a cancelar las puertas que daban hacia el resto de la construcción transformándola entonces sí en una casa de tamaño mínimo. Pero reconstruir esta sintética historia fue el fruto de un esfuerzo interdisciplinario que partió del cuestionamiento de la historia mítica y de la indagación en la arqueología y la historia del pasado del edificio hasta poder comprender su proceso de cambio a lo largo del tiempo.

Se han encarado varios proyectos en relación con ese complejo mundo de mitos y leyendas, obviamente sin intentar destruirlos u ocultarlos ya que son valiosas fuentes para la poesía y la literatura; es más, los mitos se crean precisamente porque la gente los necesita. En especial en la ciudad es necesario construir hitos referenciales, lugares cargados de memoria y significación aunque allí no haya pasado lo que se supone que pasó. Valgan algunos casos: la casa del virrey Liniers (en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Virrey Liniers, precisamente) que le dio el nombre a la calle, estaba muy alejada de la que fue realmente su casa, la que había sido destruida el siglo pasado. Esta última gran mansión del barrio recibió por desplazamiento de la memoria colectiva ese estandarte, hasta que al ser demolida fue estudiada con la sorpresa de descubrir que si bien no era de un virrey en cambio había servido como fuente de inspiración de Ernesto Sábato para su novela *Sobre héroes y tumbas*, que la había elegido precisamente por su imponencia y a la vez por ser la última de su tipo, cercana al centro de la ciudad, con sus jardines y añosas arboledas y un airoso mirador intacto. La presión del barrio obligó a estudiarla –lástima que no logró conservarse–, la historia se aclaró pero se la connotó con una nueva carga de significados.

4.3. África en Buenos Aires

Acceder hoy a los objetos, restos de comida y sitios de habitación de esclavos africanos en Buenos Aires sirve no sólo para reivindicar el lugar que ocuparon en la construcción de nuestro país, sino también para entrar en aspectos que sería imposible de conocer a través de otros medios. Los

esclavos y por lo general los pobres y marginados no escribían, no dejaron relatos de su existencia, o si los hay son referencias escritas por jueces o funcionarios blancos. Hoy se puede empezar a ver o complementar las visiones construidas por la historia social, con aspectos insospechados de nuestra cultura. Sólo imaginemos, siguiendo estas ideas, la existencia de una Buenos Aires negra, con sus idiomas, músicas, bailes, fabricación de ollas y objetos, vestimentas, colores y comidas africanos. En nuestro lenguaje quedan palabras como mucama, mondongo, tango, candombe, tamangos, mandinga y muchas otras que son africanismos puros.

Tomemos un caso concreto: la excavación que se hizo en la casa que fuera de doña María Josefa Ezcurra, cuñada de Juan Manuel de Rosas,[2] en la calle Alsina 455 en la Ciudad de Buenos Aires. Allí se levantaba, muy deteriorada, una casa de importancia en pleno centro y se decidió excavar en sus patios mientras se restauraba el edificio para el Museo de la Ciudad.[3] Pese a las muchas alteraciones y cambios que se hicieron en el fondo del terreno, se hallaron en la tierra fragmentos de la cultura material que mostraban una secuencia ininterrumpida de uso desde el siglo XVI tardío hasta la actualidad. Lo más antiguo era un grupo de cerámicas, huesos y grasa animal que fue fechado por el método del carbono 14 para 1595 aproximadamente, es decir, poco después de la primera fundación de Buenos Aires en 1580. Para esa época, el terreno debía estar vacío y era usado como lugar donde se arrojaba basura. Recién en el siglo XVIII los jesuitas construyeron una casa que alquilaban, la que tras muchos cambios y el agregado de un piso alto, llegó en el siglo XIX a ser usada por doña Ezcurra. Durante esos tiempos el patio de atrás alojó a la servidumbre y los esclavos, que dejaron en la tierra el testimonio de su vida cotidiana: fragmentos de cerámicas rotas que usaron para juegos, piedras redondeadas y pintadas para las ceremonias de adivinación y sus religiones ocultas, y cuchillos hechos de hueso y vidrio ya que no se les permitía usar esos utensilios. Incluso llegaron a usar sus propias cerámicas de color negro, cuya forma y decoración rememoran el África ancestral. También se halló un conjunto importante de objetos de las familias propietarias,

2. Juan Manuel de Rosas (1793-1877) hacendado federal que fue gobernador de Buenos Aires y luego de toda la confederación durante veintitrés años. Reprimió y persiguió a sus adversarios, los unitarios.

3. El Museo de la Ciudad está ubicado en la calle Alsina 412 de la Ciudad de Buenos Aires.

vajillas de lujo, vasos y jarras de fino tallado en vidrio. Es decir, los dos extremos de la cruda realidad social que se vivía en una misma casa.

Pero para poder penetrar en lo que se llama la cultura afro fue necesario romper con un conjunto de axiomas imperantes en la visión del pasado: primero, asumir con dolor que Buenos Aires fue uno de los más grandes puertos negreros del mundo, con mercados, casas de aislación, depósitos y todo lo relacionado con la trata negrera; segundo, que los africanos, afros y luego afro-argentinos, representaron más del 30 % de los habitantes de la ciudad –en Catamarca, Córdoba y La Rioja llegaron a ser el 60 %–, y con su trabajo se edificó lo que hoy es la Argentina. También hubo que entender que es un mito que las familias patricias tenían sólo un esclavo (siempre niños según los grabados de la época) para llevar el farol por la noche o para servir el mate a la señora; no hubo estancia, casa de nivel apenas medio hacia arriba, establecimiento de cualquier tipo o artesano que no tuviera esclavos cuyo trabajo no fuera imprescindible. Es más, sin esclavos la ciudad no hubiera podido existir.

4.4. La basura importada

En 1996 se hizo una excavación dentro del conocido lugar llamado Michelangelo, ubicado en Balcarce 433 en la Ciudad de Buenos Aires. Ese edificio, cuyas fachadas de ladrillos remedan construcciones muy antiguas y en donde los sótanos estaban llenos de leyendas acerca de misteriosos túneles, fue estudiado primero por la historia de la arquitectura y luego por la arqueología; el entrecruzamiento de la información obtenida por ambas vías nos permitió reconstruir la historia verdadera del sitio, que si bien significó olvidarse de todos los mitos previos, constituyó una historia mucho más fascinante.

El terreno se hallaba sobre la antigua barranca que daba al río y había sido usado por los padres Dominicos para construir su gran convento,[4] pero durante el gobierno de Rivadavia buena parte de esa manzana fue expropiada y se abrió el callejón 5 de julio para poder vender los terrenos a particula-

4. Actual manzana de Avenida Belgrano, Defensa, Balcarce y Venezuela de la Ciudad de Buenos Aires.

res, entre ellos el que estamos describiendo. Ese terreno y la esquina fueron comprados por la familia Huergo para construir una destilería, depósitos de mercaderías importadas y su propia casa, encargándole la obra al ingeniero inglés Eduardo Taylor.[5] Todo el conjunto estaba enfrentado a la antigua Aduana. Lo interesante de esto es que Taylor cortó la barranca al nivel más bajo para implantar su edificio y al hacerlo se encontró con el viejo pozo de basura donde los Dominicos habían arrojado los desechos de la cocina durante mucho tiempo; de esa forma sólo quedó el fondo del pozo cubierto por el piso del sótano del edificio construido en 1848. Al excavar bajo el piso hallamos lo que restaba del pozo, y de allí se rescataron varios miles de objetos que permitieron entender la dieta y las costumbres de esos religiosos entre 1780 y 1823.

Pero las cosas no siempre son fáciles para los estudios de arqueología urbana, por suerte, y por encima de ese pozo se hallaba un sótano construido por los obreros para cimentar el edificio. Ese espacio fue usado por ellos mismos como basural para tirar el escombro que se generaba en la obra y de esa manera levantar el nivel de los pisos: por primera vez se tuvo la posibilidad de estudiar los restos dejados por un grupo social tan especial, los obreros de la construcción, en una época temprana en la cual convivían esclavos con blancos y mestizos pobres.

Los resultados fueron muy interesantes, ya que al comparar ese basural con el inferior se lograron comprender también las diferencias entre grupos sociales. Valga un ejemplo: ambos tenían una dieta muy variada de carnes rojas y blancas, aunque los curas comían más pescado debido a la prohibición de comer carnes rojas, y los obreros más aves. Pero la verdadera diferencia estaba, a nuestro parecer, no en que una dieta era variada y la otra monótona sino en que ambos grupos llegaron a la heterogeneidad por diferentes vías: unos por buscar en el mercado todos los días lo más barato y los otros por lujo gastronómico.

Otro aspecto que llamó la atención al excavar esos conjuntos de restos materiales fue que permitieron cerrar una hipótesis que, desde hacía tiempo, surgía cada día a la vista pero era difícil demostrar totalmente: que la

5. El ingeniero inglés Eduardo Taylor también dirigió las obras de construcción de la Aduana Nueva, también llamada Aduana Taylor, en el año 1855. Hoy, desde la Plaza Colón, que está ubicada detrás de la Casa de Gobierno, se pueden ver las ruinas de su patio de maniobras.

Ciudad de Buenos Aires fue desde sus inicios mismos una sociedad que no sólo miraba a Europa –aunque no exclusivamente a España–, sino que la vida cotidiana estaba conformada por objetos importados en su enorme mayoría. El que así fuera abría una puerta para contrastar esto con lo que sucedía en otras ciudades del país en las cuales parecía ser al revés: la enorme mayoría de los objetos eran de manufactura local. ¿Desde cuándo era esto así? La respuesta mostró que en todos esos casos la cifra de lo importado estaba muy por arriba del 90 %, no importaba si se trataba de ricos o pobres; unos estaban a la moda, los otros utilizaban objetos descartados por los más ricos, pero todos eran objetos producidos en el exterior. Y cuando tuvimos además contextos aún más antiguos –uno de ellos, en la calle Moreno al 300, llegó a los inicios del siglo XVII–, pudimos observar que en realidad había una curva ascendente desde la Fundación hasta el siglo XX, en la cual los porcentajes variaban pero en esencia todos tendían a lo mismo, el uso de lo importado: ricos, pobres, talleres artesanales –excavamos una herrería jesuita–, familias completas o mujeres solas, hospitales o esclavos, sea en el centro urbano o en la periferia, de una forma u otra y en proporciones que iban del 70 al 100 %, fueron perfilando un modelo de economía y de sociedad muy peculiar. Se estaban constituyendo formas de comportamiento social, de imaginario colectivo, de aspiraciones y posibilidades reales de una ciudad entera.

4.5. La vida doméstica

Otra excavación que permitió comprobar la hipótesis del uso de objetos importados fue la realizada en los parques de Palermo de la Ciudad de Buenos Aires. Este sitio de la ciudad se creó como paseo público en donde estaban los terrenos del caserón de Juan Manuel de Rosas, por esa razón los restos de ese edificio y sus obras anexas aún permanecen bajo el pasto y los árboles. La excavación de esos restos tuvo por objeto aumentar los conocimientos acerca del edificio –verdadero paradigma de la arquitectura porteña del siglo XIX temprano–, a la vez que averiguar algo más sobre su vida doméstica. En este caso, ese último aspecto quedaba velado por el peso de los hechos políticos ahí transcurridos, que desdibujaban lo cotidiano por remarcar a Rosas, sea para retractarlo o para denigrarlo. Resultaba importante observar pautas de comportamiento de quien fue una de las personali-

dades que definió el país, y por ejemplo podemos citar que su vida hogareña no fue muy diferente de la de cualquier familia adinerada de la ciudad; pese a que él mismo hizo la primera ley que prohibía las importaciones para desarrollar la artesanía y la industria en el país, su vajilla y hasta las baldosas de sus pisos fueron traídas desde Francia e Inglaterra. ¿Contradictorio?: sí y no, todo depende de cómo veamos el funcionamiento de la realidad en esos tiempos. Rosas difícilmente pudo haber accedido a otro tipo de objetos en una ciudad en donde las manufacturas casi no existían.

La familia Cobo-Lavalle, que fue estudiada al excavar el pozo de basura que les perteneció entre 1860 y 1890, mostró en cambio aspectos inusitados que nos llevan al terreno de lo personal, del individuo que está detrás de lo que se descarta. Entre los varios miles de objetos (casi 4.000) que se rescataron hubo muchos dedicados a actividades intelectuales: por ejemplo portaobjetos para microscopio, pinceles de pintor (de artista), un catalejo, lápices, tinteros y extraños corales, todo lo que nos habla de intereses poco habituales, pero también hubo fusiles, espuelas y sables. Y lo más extraño fue la presencia de objetos de uso sexual y placas de porcelana con relieves pornográficos hechos hacia 1820 aunque descartados mucho más tarde. Aquí es cuando la arqueología se mete por derroteros diferentes a los antes vistos, cuando la sociedad se transforma en personas concretas, con sus deseos y sus falencias.

4.6. Los túneles bajo la ciudad

Otro de los grandes desafíos de la arqueología en la Ciudad de Buenos Aires ha sido intentar explicar la realidad y los mitos relativos a los viejos túneles que, en forma constante, son descubiertos o redescubiertos. Lo que se ha logrado establecer es que hay dos tipos de construcciones subterráneas en la ciudad: la más antigua es una red no terminada de túneles que iniciaron los arquitectos jesuitas en el siglo XVII y que nunca fue completada. Quedan fragmentos de esta red bajo la Manzana de las Luces y el Cabildo, y posiblemente haya otros tramos que no llegaron a unirse entre sí por la expulsión de la orden en el siglo XVIII. Pero aparte de éstos hay numerosas obras hechas bajo tierra, algunas incluso son más antiguas que las ya citadas, y se trata de pozos de agua, pozos ciegos, cisternas de agua para los aljibes, sótanos, cavas de vinos y hongos, cámaras hogareñas para

mantener la temperatura de la carne o la cerveza, pasadizos para cañerías, agua, carbón o para entrar y salir de los sótanos. Estas obras fueron comunes hasta el final del siglo XIX, cuando la tecnología del frío, la electricidad y las comunicaciones las hicieron obsoletas. El mejor ejemplo es el túnel del arroyo Tercero del Sur, coincidente con la actual calle Chile en lo que antes se denominaba El Bajo y ahora es la avenida Leandro N. Alem, y luego Independencia hacia Constitución. Este arroyo fue entubado bajo una enorme bóveda de ladrillos de 3,50 metros de diámetro entre 1860 y 1870; pero con la aparición de las Aguas Corrientes veinte años más tarde quedó todo fuera de uso y fue rellenado con basura y escombro. Cada tanto se reencuentra parte de este túnel y causa asombro aunque su antigüedad no es tanta. Hoy en día una parte de este arroyo entubado puede visitarse en las calles Chile y Defensa.

4.7. La arqueología urbana en la Argentina

La arqueología urbana ha avanzado en todo el país, pero en algunos lugares con mayor energía. Un ejemplo es la Ciudad de Mendoza donde existe el Área Fundacional, el antiguo centro urbano destruido por el terremoto de 1861; muchos años de excavaciones permitieron recuperar los restos del Cabildo, la fuente de la plaza y las ruinas de la iglesia y el convento de los jesuitas –conocidas como Ruinas de San Francisco–, entre otros edificios coloniales. Sobre los restos del Cabildo se construyó un museo que permite ver los restos protegidos y con una excelente museografía moderna, y las ruinas de San Francisco son hoy un centro de investigaciones modelo en América latina. También fue excavado el Cabildo de Córdoba donde parte puede ser visitada, y ha habido trabajos en las provincias de Tucumán, Corrientes, Jujuy, Misiones y en diversas ciudades de la Provincia de Buenos Aires, especialmente en Quilmes.

La arqueología histórica no urbana ha hecho importantes trabajos como en las ruinas de Santa Fe la Vieja, también conocidas como Cayastá, una ciudad fundada por Juan de Garay en 1573 y abandonada en 1650, que es un modelo para América latina por su preservación –pese a los grandes problemas que tiene, en cuanto a preservar un asentamiento completo hecho de adobe tras tres siglos de lluvia, un río que ya arrasó con la mitad de la ciudad y la habitual falta de recursos–. Otros casos son las misiones jesuíticas del Guayrá: San Ignacio, Santa Ana y Loreto, todas ellas abiertas

a la visita y disfrute de los interesados en un ambiente selvático de excepcional belleza natural. De más difícil acceso o visibilidad están Concepción del Bermejo en Chaco e Ibatín en Tucumán. Es decir que la Argentina tiene un patrimonio para la arqueología histórica de importancia y trascendencia para nuestro continente.

De esta forma, el inicio del siglo XXI puede ver a las ciudades con ojos diferentes de los tradicionales: como ciudades con un pasado rico y significativo, pero que necesita ser estudiado, rescatado y preservado. Centros urbanos con más de cuatro siglos de historia en la cual participaron diferentes grupos sociales y étnicos, que fueron construidos con el esfuerzo y el trabajo de muchas generaciones cuyos logros deben ser respetados. Lo que sabemos sigue siendo muy poco y a veces lo sabido no es exactamente la verdad sino sólo una de las múltiples interpretaciones posibles. Todas las historias son explicaciones del pasado hechas desde el presente, con sus defectos y sus logros, con sus debilidades e intereses. De allí que sea necesario continuar con el estudio tanto de nuestro pasado como de nuestro presente, y la arqueología urbana ha demostrado ser una de las vías idóneas para esa aventura del pensamiento: reflexionar sobre nosotros mismos.

BIBLIOGRAFÍA

Schávelzon, Daniel (1991-1998): *Arqueología histórica de Buenos Aires*, 4 tomos, Buenos Aires, Corregidor.

— (1992): *La arqueología urbana en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

— (1999): *Arqueología de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé

— (2000): *The Historical Archeaology of Buenos Aires: a City at the End of the World*, Nueva York, Kluer Academic/Plenum Press.

Para obtener información sobre arqueología urbana en Buenos Aires y el resto del país, recomendamos:

- *Instituto Histórico del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires*, Córdoba 1556.
- *Centro de Arqueología Urbana*, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, en Ciudad Universitaria.